



Las dos espadas en guerra

Mi padre tenía apenas cinco años.

La familia vivía en un pueblo de montaña que dominaba la llanura de abajo. Desde las casas de piedra, el mundo parecía lejano, y sin embargo todo acontecimiento acababa por subir la montaña.

Habían comprado una cabra a un hombre del sindicato. El animal había producido ingresos en otro tiempo, pero el dueño había decidido venderlo.

Cada mañana mi abuela intentaba ordeñarla.

Nunca había suficiente.

Mi padre quería desayunar, como todos los niños. Así que aparecía una taza sobre la mesa: pan duro, un poco de leche de cabra y agua de la montaña añadida para que durara un día más.

Aquello era la guerra antes de que nadie la llamara guerra.

Al amanecer caminaba una corta distancia desde la casa hasta una pequeña plaza y miraba hacia el cielo.

Desde allí observaba el conflicto como si fuera un juego.

Los aviones cruzaban el horizonte. Las sirenas resonaban desde la llanura. Las bombas caían sobre aeródromos e instalaciones militares. Los adultos hablaban en susurros, pero los niños miraban hacia arriba.

La Segunda Guerra Mundial había comenzado.

Concernía a todos.

Y sin embargo, dos acontecimientos, separados por miles de kilómetros, acabarían por encontrarse en una hoja de afeitar.

Los alemanes respondieron a los ataques británicos bombardeando Londres y otras grandes ciudades. Las fábricas ralentizaron la producción. Los suministros escasearon. Incluso las famosas hojas Wilkinson Sword empezaron a desaparecer de los estantes.

Al mismo tiempo, las fuerzas británicas combatían en África.

Allí capturaron a miles de prisioneros.

Un ejército puede tolerar el hambre.

Un ejército puede tolerar el calor.

Lo que no puede tolerar es la enfermedad.

El primer ritual impuesto a muchos prisioneros no fue un discurso, ni un desfile, ni siquiera una vacuna.

Fue un afeitado.

Un rostro limpio significaba menos parásitos, menos infecciones y mayor control.

En los primeros meses todos buscaban las Espadas.

Las Espadas no estaban.

Londres no podía suministrar suficientes.

Entonces intervino Estados Unidos.

Los barcos cruzaban los océanos cargando alimentos, combustible, equipo y, entre otras innumerables cosas, hojas de afeitar.

Dentro de los campos de prisioneros se produjo una transformación sutil.

Los hombres dejaron de pedir las Espadas.

Empezaron a pedir una Gillette.

Así como la Primera Guerra Mundial había ayudado a hacer famosa a Wilkinson Sword, la Segunda Guerra Mundial ayudó a convertir Gillette en una palabra común.

Una marca se había convertido en un idioma.

Años más tarde, cuando prisioneros, soldados y trabajadores regresaron a sus hogares en Italia, Francia, Egipto, Grecia o dondequiera que el destino los hubiera llevado, entraban en la tienda más cercana y no pedían una hoja de afeitar.

Decían:

«Deme una Gillette.»

Esa fue la batalla que importó.

Y las Dos Espadas la perdieron.

Ferdinando Frega